



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](#)

La subjetividad y el cuerpo en relación con las tecnologías digitales en la pandemia y pospandemia
Mariela Di Meglio
Orientación y Sociedad N.º 23(1), e060 Avances de investigación, 2023
ISSN 1851-8893 | <https://doi.org/10.24215/18518893e060>
<https://revistas.unlp.edu.ar/OrientacionYSociedad>
Psicología | Universidad Nacional de La Plata
La Plata | Buenos Aires | Argentina

La subjetividad y el cuerpo en relación con las tecnologías digitales en la pandemia y pospandemia

Subjectivity and body in relation with digital technologies in the pandemic and pospandemic

Mariela Silvina Di Meglio,* mariela.dimeglio@gmail.com

Facultad de Psicología, Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Recibido 12/12/2022 – Aceptado 19/4/2023

* Especialista en orientación educativa y laboral, profesora adjunta a cargo de la cátedra de Orientación Vocacional de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata.

Resumen

El marco de la pandemia y pospandemia, el uso de tecnologías digitales y el efecto que producen en la construcción de subjetividad es una de las temáticas que, como profesionales de la salud mental y docentes, nos convoca en virtud de poder dar cuenta de los modos de ser, estar, pensar el mundo y el cuerpo. Desde la era moderna a la actualidad, el abordaje de estas temáticas ha sido solidario a los avances científicos, sociales, políticos, contextuales, con las implicancias que ello comporta. Este trabajo desarrollará un recorrido por distintos momentos históricos y contextos, de modo de situar coordenadas epocales que posibiliten pensar las mencionadas temáticas. El punto de partida será Descartes (s. XVII), quien conceptualizaba el cuerpo desde una lógica mecánica, para llegar hasta el siglo XXI, con el desarrollo del genoma humano y una lógica biotecnológica con el fin de abordar las consecuencias respecto de los cambios, los tiempos, los límites y las posibilidades que impactan en las subjetividades y en los modos de habitar el mundo. Por último, se plantearán algunos interrogantes y desafíos que enfrentamos en nuestra práctica educativa. Este trabajo es una invitación a adentrarnos en este proceso.

Palabras clave

cuerpo, subjetividad, tecnologías digitales, práctica educativa.

Abstract

The framework of the pandemic and post-pandemic, the use of digital technologies, and the effect they produce on the construction of subjectivity is one of the themes that as mental health professionals and teachers summon us by virtue of being able to account for the ways of being and thinking about the world and the body. From the modern era to the present, the approach to these issues has been in solidarity with scientific, social, political and contextual advances, with the implications that it brings. This work will develop a journey through different historical moments and contexts, in order to locate epochal coordinates that make it possible to think about them. The starting point will be Descartes (17th century), who conceptualized the body from a mechanical logic, up to the 21st century with the development of the human genome and a biotechnological logic in order to address the consequences regarding changes, times, the limits and possibilities that impact subjectivities and ways of inhabiting the world. Finally, some questions and challenges that we face in our educational practice will be raised. This work is an invitation to delve into this process.

Keywords

body, subjectivity, digital technologies, educational practices.

El presente trabajo desarrollará algunas ideas en torno al recorrido realizado en los meses de pandemia y pospandemia, donde el uso de las redes y la tecnología se convirtió en una herramienta indispensable. Sin ellas, lo cotidiano, el trabajo, la comunicación con los otros, se hubiese dificultado, sobre todo considerando las medidas que en relación con la pandemia dispuso el Gobierno nacional argentino, que implicaron un aislamiento social preventivo y obligatorio. Mirta Gavilán (2020) definirá lo ocurrido en este momento como una “virtualidad disruptiva”, en referencia a que toda la vida y todas las actividades (docentes, profesionales, de consumo, etc.) quedaron incluidas en la web.

El impacto de esta situación fue uno de los principales motivadores para recuperar y revisar conceptos que ayuden a comprender las coordenadas que bordearon ese tiempo. Contextualizar resulta fundamental para poder situar las subjetividades con las que trabajamos como profesionales y docentes. El análisis hará foco en el modo en que las redes y las tecnologías digitales cambiaron, impactaron, convocaron y afectaron la construcción de subjetividad, poniendo a aquellas en relación con las subjetividades modernas. En este sentido, se desarrollará un recorrido por diferentes concepciones a lo largo de la historia: desde Descartes (s. XVII) hasta la actualidad (s. XXI). Para finalizar, se plantearán algunas aproximaciones en relación con el impacto y los desafíos que esta situación conlleva en la práctica educativa.

Modos de pensar la vida moderna: la mecanización

Un poco de historización nos permitirá ubicar la aparición, desarrollo e impacto de las tecnologías en la vida cotidiana. Una de las primeras observaciones es que los artefactos digitales están reemplazando a los instrumentos analógicos en todos los ámbitos. Este pasaje de la mecanización a la digitalización de la vida implica una transformación histórica con múltiples consecuencias, podríamos decir, en los modos de estar y percibir los cuerpos y también de construcción de las subjetividades.

La idea moderna de que el cuerpo era análogo a una máquina permitió construir modos de intervención en todos los ámbitos (escuelas, fábricas, etc.), pensar las instituciones y toda su lógica de funcionamiento, también los movimientos y los seres vivos, encontrando algún tipo de mecanismo. De esta manera, pueden identificarse cuestiones modificables, maleables, flexibles, y cuestiones rígidas, duras, inamovibles. Los procesos en uno y otro caso, desde esta mirada, demandan tiempo, paciencia, trabajo, etapas, sin poder garantizar resultados... solo apostar a ellos. Podemos deducir, también, un manejo y uso de la temporalidad que indudablemente tiene consecuencias en la percepción y vivencia del cuerpo y la subjetividad. Me gustaría detenerme aquí para recuperar estos modos de pensar al hombre. Descartes (s. XVII) fue uno de los que se abocaron a la tarea de definir el cuerpo humano, asemejándolo a una máquina, que, como cualquier elemento de la naturaleza podría estudiarse con el método científico. Separaba mente y cuerpo, sustancia material e inmaterial.

Esta lógica mecánica, a la que todos los fenómenos químicos y biológicos podían reducirse, estaba regida por leyes claras y precisas, que solo debían descubrirse. El hombre era comprendido en este contexto como una máquina más, casi perfecta. Así surgen los anatomistas, que estudiaban el cuerpo humano, inerte, primero, y luego generando artilugios para recuperarlo en movimiento, como, por ejemplo, con William Harvey (médico inglés del s. XVII) que fue combinando hallazgos anatómicos y observaciones de pacientes vivos para revelar los enigmas de la respiración y de la circulación de la sangre. Producía una profunda curiosidad lo que ocurría debajo de la piel. Casi cinco siglos más tarde, un médico-artista europeo, Gunther Von Hagens, organiza una exposición llamada “La fascinación bajo la superficie” en homenaje a los primeros anatomistas. Esta exposición itinerante comienza a realizarse en 1995 en Estados Unidos y Europa, y en ella se muestran los “cuerpos plastinados”¹

¹ La plastinación es un procedimiento de preservación de material biológico que consiste en extraer los líquidos corporales y sustituirlos por una combinación de resinas, tanto elásticas como termofijas.

en los que se reemplazan los fluidos corporales por silicona, resina y poliéster, pudiendo así verse los órganos intactos. Con millones de espectadores, se consideró la exposición más exitosa, mientras que la lista de visitantes que donaban sus cuerpos para ser inmortalizados crecía. Me interesa este dato como un hito de la exposición del cuerpo, ofrecido a la mirada de los otros, como cuerpo a descubrir, a desentrañar, a ser develado (Sibilia, 2009/2013).

Modo de pensar la vida contemporánea: la tecnociencia

A partir de 1930, comienzan a desarrollarse teorías revolucionarias en torno a la vida en escala atómica. Es en la década de los cincuenta cuando se descubre la estructura de la molécula de ADN, el mapa genético que permite decodificar la estructura de cada individuo.

Aunque la información de las especies varíe, los datos que se encuentran en el genoma son ahora la llave de acceso.

El desarrollo de las herramientas tecnológicas, a la vez que ha aportado desafíos y posibilidades, ha incidido en la vida de tal modo que algunas de ellas intervienen a nivel del ADN, produciendo los cambios desde dentro, modificando la esencia. Esta forma de intervención pone sobre la mesa un modo radicalmente diferente al anterior (moderno). En la Modernidad, el cambio se proponía de afuera hacia adentro, interviniendo desde el exterior para producir variaciones. La modificación de la estructura interna, en su substrato molecular o celular, apunta a reprogramar. De este modo, los organismos o los cuerpos pueden equipararse a un sistema informático. Entonces, pueden modificarse. En este conjunto entran todos los seres vivos, incluido el hombre.

Esta cosmovisión de la vida, apoyada en la biotecnología, entre otras disciplinas, coloca a los seres vivos en la posibilidad de compararse en términos semejantes (un hombre y una araña pueden ser puestos en relación según su ADN) y no ya en términos cualitativos.

Hasta entonces, las especies, sus combinatorias y posibilidades estaban limitadas a las cuestiones físicas, espaciales, temporales para que se produjeran y fueran viables. La

digitalización de las combinatorias no posee los límites antes descritos, porque en un laboratorio todo podría ser manipulable. Esto incluiría no solo las especies animales y vegetales tal y como las conocemos, sino también aquellas extintas, rompiendo las coordenadas antropológicas y biológicas hasta ahora conocidas. Los átomos son menos flexibles y dóciles que el flujo de datos digital. Incluyen dos tipos de materialidades diferentes. Los métodos analógicos, mecánicos, que por años sirvieron para la experimentación están siendo reemplazados por medios bioinformáticos, que trabajan con un instrumental digital.

¿Qué cambios se han operado en los motivos para intervenir en la vida?

La normalización, en virtud de ciertos ideales, era el eje vertebrador de las intervenciones en un mundo siempre mejorable, adaptable, y misterioso en un punto.

En este mundo digitalizado, el objetivo es la optimización, de recursos, tiempos, modos. Sin embargo, este norte tan seductor conlleva en su interior una pregunta ineludible: ¿cuál es el límite?, ¿cuál es el punto de llegada?, ¿quién puede establecerlo, si ya no depende de ideales, y el consumo en sí mismo encierra la lógica del no fin?

Paula Sibilia (2009/2013, p. 58) reflexiona sobre los productos orgánicos del mercado, que insinúan que podría haber otros, ¿postorgánicos? Interroga acerca de cuál sería esa naturaleza de la cual todos están distanciándose, ¿a qué haría referencia eso que define lo propiamente humano y que ahora se perfila como superado?

En la incesante búsqueda de lo humano y la explicación de su funcionamiento Deleuze y Guattari (1991/1997) hablan de que la localización de las emociones profundas y los sentimientos no se encuentra en los circuitos electrónicos que la informática pretende imitar, sino en los intersticios, en las grietas, en los intervalos cerebrales. En las experimentaciones, en lo que hace al terreno de las emociones, sentimientos, pasiones, la tecnociencia ha fracasado. Sin embargo, la motivación de hallar algo así no cesa. Ejemplo de ello es un artículo de la revista *Dendra Médica* en el que McGee y Maguire (2010) plantean que “las innovaciones que

están teniendo lugar en el ámbito de los dispositivos semiconductores, bioelectrónica, nanotecnología, ciencia cognitiva y tecnología de control neural, hacen posible la hibridación de seres humanos y máquinas” (p. 134), investigaciones en las que participan más de 300 empresas privadas apoyadas por gobiernos de distintos continentes.

Por otro lado, Michel Foucault y Roberto Esposito aportan conceptualizaciones que visibilizan cómo la política, los discursos, impactan en los cuerpos, incluso en su misma construcción. Foucault (1978/1992) dirá que la historia, desde una mirada genealógica que desentraña los sentidos que ella porta, se ha ocupado de generar desde el poder las condiciones de vida y muerte de las poblaciones. La “biopolítica” permite pensar las relaciones entre el poder y el cuerpo social.

En la era industrial, a la par del disciplinamiento (vigilancia, castigo, tiempos y espacios), se incorporaron las biopolíticas en relación con el ordenamiento de la relación hombre-especie, reglamentando los factores vitales de las poblaciones (salud, higiene, natalidad, mortalidad y razas). En definitiva, su objetivo era el control.

La conformación de los cuerpos y subjetividades ha sido históricamente un proceso dinámico, fruto de intensas luchas de poder. En una época que decreta el fin de la naturaleza y propone su reemplazo por un gigantesco laboratorio tecnocientífico, aquellas cuestiones que se resolvían con la política o lo social ahora se naturalizan y parecen poder resolverse con una receta que corrija las fallas (Sibilia, 2009/2013, p. 117).

Deleuze (1990/2006) enuncia cómo las redes de poder se fueron haciendo más densas, intensas y sofisticadas. Dirá que, pulverizadas en redes flexibles y cambiantes, las relaciones de poder están diseminadas en las innovaciones tecnocientíficas y tienden a envolver todo el cuerpo social, sin dejar nada fuera de control.

Los Estados han quedado reducidos a un engranaje más de estas grandes corporaciones que proponen modos de relación con el mercado (institución omnipresente) Los alcances de este biopoder superan instituciones, paredes, tiempos, espacios, vidas, etc.

Es importante destacar que las herramientas digitales no son neutras (esto no las define como buenas o malas), sino que, en tanto portan una historia, que incluye imaginarios, y que proponen modos de ser y estar compatibles con las tecnologías, tienen una finalidad. Esto se tornó claramente visible en la pandemia por COVID-19.

Roberto Esposito (2006) plantea:

Que la política siempre se haya preocupado, de algún modo, por defender la vida no excluye que sólo a partir de determinado momento, precisamente en coincidencia con el origen de la modernidad, esa necesidad de autoaseguramiento haya sido reconocida ya no simplemente como algo dado, sino como un problema y, además, como una opción estratégica. Esto significa que todas las civilizaciones, pasadas y presentes, plantearon la necesidad de su propia inmunización, y en cierta manera la resolvieron; pero únicamente la civilización moderna fue constituida en su más íntima esencia por dicha necesidad. (p. 88)

Las epidemias juegan sobre los cuerpos individuales; las construcciones biopolíticas, sobre lo que lo es la vida y la muerte en cada momento.

Estos autores proponen que cada sociedad puede definirse por aquello que lo amenaza y por cómo se organiza frente a eso, qué vidas está dispuesta a salvar y cuáles, a sacrificar.

Otro autor que hace su aporte a la temática es Paul Preciado (2020). Plantea que estamos pasando de una sociedad escrita a una sociedad cíberoral, de una sociedad orgánica a una sociedad digital, de una forma de control disciplinario a una forma de control mediático-cibernetico. El cuerpo y las subjetividades ya no están regulados, disciplinados por instituciones, sino por tecnologías digitales, biomoleculares, de información.

Cambio en las subjetividades

Durante el siglo XVII y principios del XVIII comienzan a aparecer los ambientes en los que las personas podían retirarse y salir de lo “público”, los primeros antecedentes de los “cuartos privados”, espacios privilegiados, para la reflexión, introspección, donde la protección de las paredes garantizaba la separación del mundo externo. Se trataba de espacios utilizados no solo por escritores, sino por cualquier sujeto. Es el momento de auge de los diarios íntimos donde volcar inquietudes, pensamientos, confesiones, construir y producir la propia subjetividad, desarrollar el yo. Estos espacios también delimitaban tiempos, tiempos para compartir y para estar “a solas” con uno mismo, tiempos de escritura y tiempos en que lo escrito pudiese llegar a un posible lector. Eran espacios y tiempos de espera, de producción, de frustración, en muchos casos, de placer. En este contexto, la propia personalidad pasó a experimentarse como un tesoro interior, cuyas manifestaciones había que controlar en público, y sí podían mostrarse en lo privado, al punto de construir una imagen para un afuera, a modo de máscara que ocultaba lo interno, lo más propio. Estaban claramente delimitados lo privado y lo público, los espacios, lo que se mostraba de lo que no. La casa aparecía como lugar de resguardo del yo, donde estaba permitido ser uno mismo. Y fuera de ella, el espacio público.

La generación 2.0 no utiliza diarios sino redes, espacios virtuales donde cuenta, relata, muestra su vida. No busca resguardar su interioridad, sino mostrar todo, no guardarse nada. El principal objetivo es conquistar visibilidad. La privacidad de la información que circulaba en las paredes de la casa, la habitación, ahora circula en internet, donde el uso de esos datos queda reservado a empresas que hacen con ellos el uso conveniente a sus objetivos. Aunque esto no sea legal, el uso de la tecnología garantiza esa posibilidad, que se escapa fácilmente al usuario. El fenómeno de internet es muy rico, variado y veloz. La exposición a la visibilidad de las pantallas globales tiene un objetivo: constituirse como una subjetividad visible. Estas condiciones generan una avidez por contar y consumir vidas ajenas.

En esta cultura de las apariencias, del espectáculo y de la visibilidad, ya no parece ser atractivo indagar en el interior de cada uno. Más bien hay que aparecer para ser. Todo lo que no se visibilice pareciera no existir. El eje temporal es uno de los constitutivos de este nuevo cuadro: la destemporalización, dirá Sibilia (2008/2017, p. 133). Esto produce una sensación de presente perpetuo, desestimando el pasado como causa y posibilidad de comprender el presente; y el futuro, en tanto incierto, se desvanece, más bien se congela, se bloquea, se lo trata de mantener bajo control, algo así como un eterno presente, un presente “inflado”.

Paula Sibilia habla de un cambio de lo íntimo a lo éxtimo, de aquello que quedaba entre las paredes de un cuarto (siglo XIX, primera mitad del XX) y ahora se publica en las redes, “vitrinas globales”, generando un nuevo tipo de subjetividad. La autora propone pensar a un sujeto autor, relator, no solo de historias, sino también protagonista de un trabajo sobre sí mismo, “para volverse sujeto y estar en condiciones de producir la propia subjetividad” (Sibilia, 2008/2017, p. 30). En este sentido, David Riesman (1948-1949/1995) habla de personalidades introdirigidas, un tipo de subjetividad volcada hacia dentro de sí misma. En contraste con esto, Sibilia menciona las versiones cibernéticas del siglo XXI de este relato, que si bien también son solitarias, tienen un estatuto más ambiguo. En su difusión tiempo y espacio son diferentes, ahora es al instante y para todos. No hay control de su circulación, y también se espera que así sea. En este caso, hablamos de las personalidades alterdirigidas, construcciones de sí orientadas a una mirada ajena, donde aparece un yo dúctil que se exhibe en la superficie de la piel y las pantallas (Sibilia, 2008/2017, p. 28).

Dirá Guy Debord, anticipando esto que planteamos:

La alienación del espectador en beneficio del objeto contemplado (que es el resultado de su propia actividad inconsciente) se expresa así: cuanto más contempla menos vive; cuanto más acepta reconocerse en las imágenes dominantes de la necesidad menos comprende su propia existencia y su propio deseo. La exterioridad del espectáculo

respecto del hombre activo se manifiesta en que sus propios gestos ya no son suyos, sino de otro que lo representa. Por eso el espectador no encuentra su lugar en ninguna parte, porque el espectáculo está en todas. (1967/1998, p. 8)

Esta nueva subjetividad no se opone simplemente a las subjetividades modernas, sino que se inscribe en una trama diferente. La simplificación del análisis aportaría tranquilidad, quizá, pero con fenómenos difíciles de explicar. Por ejemplo, el uso de las redes promete, o pareciera hacerlo, un mundo ilimitado, donde todo, todo el tiempo, está pasando y es posible. Pareciera que algo se pierde, en forma constante. Este modo de temporalidad no es exclusivo del momento en que estamos *online*, sino que se extiende a la vida toda.

Este mundo difuso, e interconectado, se ha incrementado a raíz de la pandemia, y se ha constituido en un modo de vida. Algunas características observables dan cuenta de esto, la capacidad de prestar atención a varias cosas a la vez: multiobjetivos, acotadas, con imágenes, con poca información, pero simultáneas. ¿Adaptación? a un modo de vida acelerado, constante, infinito, donde nada, salvo la conciencia de la situación que pueda advertir cada sujeto, limita.

Entre los desafíos... la práctica docente

La práctica docente también se ve atravesada por esta coyuntura. A la vez que se abren posibilidades de encuentro con los alumnos (la virtualización de las clases permitió sostener la continuidad pedagógica y conectar con todos independientemente de su ubicación geográfica), se plantean nuevas coordenadas para poder dar clase, y nuevas coordenadas, no solo en relación con poder utilizar las herramientas digitales, sino con el desafío de poder producir actos subjetivos en un contexto donde el consumo es la prioridad.

Rodrigo Jossierme (2020) plantea que la sociedad actual se ve influenciada por las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) en la vida cotidiana y en diversos campos científicos y profesionales, entre ellos, la orientación educativa. Su trabajo busca indagar acerca de la utilidad y el impacto de las mismas en la práctica orientadora. Sostiene que estas herramientas

no reemplazan a los profesionales, sino que funcionan como elemento de apoyo y complementación. Su principal función es de soporte de la comunicación, interacción, entre orientadores, prácticas y destinatarios. Surgen interrogantes en torno a los vínculos que se generaron en este intercambio: ¿se fortalecen?, ¿son más fluidos y continuos?, ¿se tornan invasivos de la privacidad?, ¿aportan beneficios reales a las prácticas orientadoras?

El autor sugiere que el uso de las tecnologías se realice desde “una perspectiva crítica e inclusiva, que redunde en beneficios hacia los destinatarios y fomente la participación y el involucramiento en los procesos de acompañamiento” (Josserme, 2020, p. 10).

Un docente (docente de segundo año de la Licenciatura en Psicología, comunicación personal, marzo de 2021) planteaba la impotencia que sentía: ya había grabado una clase virtual, ya había dejado textos y guías de lectura, se conectaban en el encuentro sincrónico, ¿a qué? Los alumnos sin cámara y sin participar, el docente totalmente desmotivado. Esta viñeta refleja la distancia entre el alumno esperado (unido a una concepción de cuerpo asociada a la Modernidad) y el encontrado (¿cómo pensar el cuerpo que habita las redes?); por otro lado, el malestar de lo ilimitado, ¿qué más?, ¿para qué? En la lógica de la información, o docencia entendida como acumulación de datos, el pedido es: hay que garantizar que “todo llegue a todos”. Entonces, se desdibuja el sentido del acto educativo, que considera la construcción con el otro de un saber, que no es privativo de uno u otro, sino que se construye en el encuentro.

Lo que se muestra en las redes, ¿es lo que antes pertenecía al mundo privado?, ¿o es una construcción a mostrar? Si todo se muestra en redes, fotos, videos e historias, ¿cuál es la razón por la que la amplia mayoría no prende las cámaras y les resulta difícil expresar en una clase sus problemas o dudas?

La complejidad de este entramado cuestiona las propuestas pedagógicas que desarrollamos: qué contenidos, con qué herramientas, para qué alumnos y con qué objetivos. La pandemia planteó la urgencia de sostener la continuidad pedagógica con el desafío de implementar

recursos para los que no todos estaban capacitados. Una respuesta posible era construir recursos, grabar videos, preparar guías de lectura. Sin embargo, ahí no estriba la riqueza de la docencia, menos aún en materias que incluyen preparar a los alumnos para una práctica profesional. El trabajo con habilidades complejas que promueva la reflexión de las actitudes, de los aprendizajes que están desarrollando, implica un compromiso de adecuación de las acciones más allá de la virtualidad, o quizá aún mucho más si pensamos en la virtualidad. Es relevante generar estrategias colectivas, de intercambio, para suplir cuestiones que en lo presencial se darían espontáneamente.

Apostar a estrategias reflexivas en el contexto de aprendizaje es prioritario, estrategias que vuelvan a poner al sujeto en la escena, mostrándole lo que exhibe y refleja, a la vez que las implicancias de sus acciones.

El sostenimiento de legalidades que delimiten un aquí y ahora y un mundo posible y un mundo prohibido y la contrastación de diferentes formas de intervenir son puertas para abrir otras miradas. Hay, definitivamente, que utilizar estrategias asequibles a los nuevos modos de existir, de comunicarse, de conectar con la información. La minimización de este trabajo convierte a la facultad, los cursos, las materias, en meros bienes de consumo, ilimitadamente. Internet permite recuperar asincrónicamente lo que no se captó en un aquí y ahora determinado. Así parece que todo puede adquirirse. Si bien es atrayente esa ilusión, justamente es eso: una ilusión. En la vivencia cotidiana las actividades, la fatiga, el cansancio, confrontan a cada sujeto con los límites.

En la práctica educativa podemos observar con claridad aquello que se excluye en esa lógica...esa situación personal, esa coyuntura que implica revisar algún otro modo de hacer lugar a la vida cotidiana, al ser humano, que se enferma, trabaja, sufre, tiene límites espacio-temporales para acceder a las clases, los materiales, los recursos.

La docencia es una tarea de responsabilidad para con los otros, nos convoca a hacer consciente nuestro rol, a no permanecer ajenos a la visualización de estas coordenadas. Todo puede continuar, en una rueda sin fin, donde solo consumamos datos, lejos del contacto y la producción humanos.

Reflexiones finales

Un mundo regido por la lógica de la mecanización ubicaba el tiempo y el espacio al son del reloj; alentaba, a principios de siglo XX, la lectoescritura, la estructura de binomios, con el objetivo de llegar a normalizar, a través del disciplinamiento.

Los controles han ido tomando diversas modalidades en los distintos países, pero lo cierto es que, incluso con las particularidades de cada lugar, todos nos advertimos sujetos a cierta sumisión, aún más a la digitalización del control. La biovigilancia y el biocontrol tienen su centro en nuestros cuerpos y nuestras “casas”, que ya no representan un límite espacial o temporal. La lógica de funcionamiento justamente es sin límites, y el control no necesita estar en ningún lugar. La gente común, todos y cada uno, teniendo un dispositivo, multiplicamos aquello que se quiere instalar. Sibilia (2020) menciona esta compatibilización con los dispositivos digitales, que “naturalizan” cierto control de todos hacia todos, todo el tiempo y en todos los espacios.

La incorporación de conceptos que despejen la mirada, o más bien que permitan una revisión crítica de lo que nos rodea, torna todo analizable y permite abrir nuevas líneas de conceptualización.

El recorrido propuesto intenta situar coordenadas que nos permitan intervenir con miras a ubicar al sujeto como protagonista, reflexivo y crítico de lo que lo habita y determina.

La tarea docente es un espacio privilegiado de trabajo en este sentido.

Hugo Zemelman (en Cerezo Editores, 2010), contextualizando históricamente al sujeto, su devenir y autonomía señala que el hombre construye presentes sucesivos. Manifiesta estar

frente a una generación que no tiene claridad de futuro, que, frente a la incertidumbre y las no garantías, se repliega en sí misma. Esto puede conducir a los conformismos, a la dependencia. Sin embargo, continúa afirmando que “quien construye conocimiento también se construye como sujeto, construye para desafiarse con nuevos espacios de la realidad” (en Cerezo Editores, 2010, 1m, 14s). Sostiene la necesidad de recuperar el pensamiento, la capacidad de leer y reconocer en las propias circunstancias las posibilidades de futuro, la capacidad de romper aquello que nos determina, ganar autonomía. Lo que no nos determina es lo que permite entender al hombre como creador de lo nuevo, que pueda romper con lo ya aceptado. Toma el concepto de la conciencia utópica como “la expresión de la potenciación de los propios mecanismos psicológicos (capacidad de asombro, de lo nuevo, de inventar) que están en el hombre para construir futuro” (Zemelman, 2008, 50m, 43s), interpelando a los docentes para que en sus prácticas esto se haga presente.

Paul Preciado (2020) llama a la humanidad a mirar críticamente esta situación y construir resistencia a un mundo que cada vez más nos controla a través de dispositivos.

Por último, quisiera subrayar la propuesta de estos dos últimos autores: por un lado, la conciencia de que como docentes formamos sujetos históricos, sujetos que construyen circunstancias, y, por el otro, el desafío de promover estrategias de resistencia armadas desde la construcción comunitaria.

Referencias

Cerezo Editores. (13 de julio de 2010). *Mentes del Sur: Hugo Zemelman. Parte 2* [archivo de video de conferencia de Hugo Zemelman para Cerezo Editores]. Cerezo Editores.

<https://youtu.be/lOK8vr9qUlo>

Debord, G. (1967/1998). *La sociedad del espectáculo* (Maldejo, trad.). Archivo Situacionista

Hispano. <https://sindominio.net/ash/espect0.htm>

Deleuze, G. (1990/2006). Postdata sobre las sociedades de control (C. Panozo y R. Zúñiga, trads.). *Revista de Teoría del Arte*, 14/15, 183-189.

Deleuze, G. y Guattari, F. (1991/1997). *¿Qué es la filosofía?* (T. Kauf, trad.). Anagrama.

Esposito, R. (2006). *Bíos. Biopolítica y filosofía* (C. Molinari Marotto, trad.). Amorrortu Editores.

Foucault, M. (1978/1992). *Microfísica del poder* (J. Varela y F. Álvarez-Uriá, trads.). Ed. La Piqueta.

Gavilán, M. (2020). La orientación entre la pandemia y el futuro. *Orientación y Sociedad*, 20(1), e018.

Josserme, R. C. G. (2020). Orientación educativa y tecnologías: uso de recursos digitales, virtuales y tecnológicos en equipos de orientación educativa durante la pandemia. *Orientación y Sociedad*, 20(2), e024.

Mcgee, E. M. y Maguire, G. Q. (2010). Chips cerebrales implantables: hoy y mañana (A. Mauri, trad.). *Dendra Médica. Revista de Humanidades*. 9(2), 133-138.

Preciado, P. (28 de marzo de 2020). Aprendiendo del virus. *El país*.
https://elpais.com/elpais/2020/03/27/opinion/1585316952_026489.html

Riesman, D. (1948-1949/1995). *La muchedumbre solitaria: un estudio sobre la transformación del carácter norteamericano* (N. Rosemblat, trad.). Paidós.

Sibilia, P. (2008/2017). *La intimidad como espectáculo* (R. Fernández Labriola, trad.). Fondo de Cultura Económica.

Sibilia, P. (2009/2013). *El hombre postorgánico: cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. Fondo de Cultura Económica.

Sibilia, P. (2020). El malestar de lo ilimitado. En *Fronteras 33º Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis* (pp.980-987). FEPAL

Zemelman, H. (18 de octubre de 2008). *Los docentes protagonistas en los procesos educativos* [archivo de video de la conferencia pronunciada en el Octavo Encuentro Internacional de Educación]. <https://youtu.be/bdhPq6pj84A>